

LA SEDE

Primero esperábamos a Holland porque era lo único que se nos había resistido en el tiempo que llevábamos unidas. Luego continuamos con el hábito por la sede, por la supervivencia de la sede. La sede nos otorgaba todo el poder que podíamos desear, y a mí, además, me servía de excusa para ver a mis amigas a diario. Había allí cierto encanto en el olor a cerrado, en la impresión de escondite furtivo de los tiempos en los que la política era lo importante.

A eso se destinó la sede, la antigua lonja del padre de Susana, antes de que nos la cedieran hacía ya muchos años, cuando aún nos quedaba por delante casi todo el colegio. Podíamos cocinar, y en una vieja alacena encajada en la pared guardábamos los barriles y los cubiertos que comprábamos con el dinero común: tenedores de mango de plástico rojo y cuchillos de filo y no de sierra, que, por pereza, quedaban siempre sin afilar y apenas cortaban. En ese lugar nació nuestra amistad, y más tarde ya no supimos separar la relación del lugar. Para Susana, para Paula y para mí, todo, nuestra relación y nuestro cuartel, todo era la sede.

Susana nos dominaba y hablaba por las tres. Era brusca, con un vozarrón grave que a veces, cuando se dejaba llevar por los nervios, se convertía en un chillido. Paula, linda como un querubín, se vengaba de ese liderazgo con los chicos, a los que maltrataba de un modo bárbaro. Yo, la tercera, la más callada, mediaba en sus conflictos y equilibraba la balanza. Nadie había entrado en la sede, nadie en tantos años, ni siquiera Miguel, el chico más guapo del instituto, que había pasado años dudando entre mis dos amigas y saliendo alternativamente con alguna de ellas; yo no le soportaba, tal vez porque recordaba las lágrimas que nos había costado llegar a un acuerdo respecto a él.

No, nadie más entraba en la sede, porque éramos las auténticas dueñas del barrio y del instituto, y teníamos conciencia de ello; dictábamos la moda, decidíamos las diversiones, y las chicas de nuestra edad se acercaban a nosotras y trataban de mostrarse amistosas. No las alentábamos: eran entes extraños, ajenos, que no permanecían junto a nosotras, ni nos interesaba que lo hicieran. Lo sabíamos. Pertenecer a la sede, tener acceso los sábados y algunas otras tardes a la sede formaba parte de una de las prioridades de la gente que quería seguir la moda en el instituto: el cine, el paseo hasta el centro comercial, el autobús, los partidos en el campo del colegio se perfilaban como los lugares que limitaban las fronteras de nuestros dominios.

Sin embargo, conocimos a Holland y quisimos introducirle entre nosotras, a pesar de que nunca supimos exactamente lo que opinaba de ninguna de las tres. Holland era extranjero. Vivía frente a la casa de Susana y le esperábamos para espiarle desde la sede todos los días, excepto los sábados en los que iba al monte con un grupo de escaladores, y los domingos, en los que acudíamos a sus partidos de fútbol, le animábamos y mostrábamos hacia él una adhesión sin fisuras. Holland nos escuchaba vitorearle, sin ni siquiera mirarnos la mayoría a veces, y sonreía. Susana le admiraba. Paula le adoraba secretamente. Yo nunca decía nada.

Nos atraía el modo en que a veces levantaba una ceja y aparentaba total indiferencia. Su mirada era tan fija que acababa por incomodarnos, y entonces él, con suavidad inesperada, un pulpo con ventosas alejándose de la corriente,

desviaba los ojos hacia otro lado. Resultaba liviano y escurridizo como un castillo de gelatina. Tenía el pelo rubio y los ojos azules bajo unas cejas incoloras. Holland no podría concebirse sin una imagen de mar rondándole. Por eso le queríamos las de la sede, porque bastaba mirarle para sentir lo mismo que ante la fotografía de una playa en blanco y negro.

La culpa la tuvo él, porque yo nunca soñé con nada parecido; y la sede, nosotras, nos separamos porque él quiso. Un domingo, cuando regresábamos de su partido, nos esperó, me tocó el brazo y me invitó a ir al cine. Susana cambió de color y su boca se deformó como si fuera a chillar. Yo me encogí en el abrigo y acepté. Desde ese día se nos vio juntos.

No supe por qué yo. Apenas habíamos hablado a solas y no llegué a conocerle nunca. Entre nosotras no volvimos a mencionar la sede. Paula comenzó a salir de nuevo con Miguel, y Susana se unía a nosotras en los descansos entre las clases, adusta, con el ceño fruncido. Nunca tuvo más éxito, nunca fue más solicitada. Tampoco yo.

Durante esa época salí de mí. Cuando paseaba con Holland y algún escaparate nos reflejaba, yo tardaba en reconocernos y nos veía como algo ajeno, como una mala película, y por la noche nos recordaba desde fuera, mirona en alguna ventana mal cerrada. Le prestaba mi presencia como podía hacerlo con un anciano solitario que buscara compañía, y él mismo debía de tener la firme convicción de pasear un perro al caminar conmigo, cuando recorríamos el barrio sin hablar, sin apenas mirarnos, observados por los ojos inmisericordes que se escondían tras las ventanas de la sede.

Esperábamos a Holland, le espiábamos por detrás de las pestañas incluso cuando nuestra amistad ya sólo se reducía a saludos a deshora y yo apenas frecuentaba a mis amigas y, por tanto, no hubiéramos podido acordar esperarle. Todas las tardes, menos los sábados, salía a pasear con Holland, y luego, los martes o los viernes, íbamos al cine. Siempre era él el que pagaba, del mismo modo que pagaba mi refresco los domingos, cuando le esperaba en las gradas. Ya no le vitoreaba.

Los sábados me acercaba a la sede, cada vez más molesta, y entre los recuerdos del pasado y la merienda a media tarde procuraba recuperar el temblor cercano que nos había unido a Susana, a Paula y a mí, antes de que Miguel irrumpiera entre nosotras, antes de que Holland nos separara.

Muchas veces, aparte de los sábados, coincidíamos en los cines. Miguel y Paula habían roto ya, y Susana no recordaba en nada a la Susana que yo conocí, con su mirada petrificada y una gorra de lona que no encava con su estricto respeto por la moda. Cuando me cruzaba con ella torcía la cara y me escribió una carta en la que decía que no se explicaba mi frialdad, y la achacaba a mi afán de popularidad.

Se equivocaba al acusarme. Yo esperaba ansiosa el momento en que Holland decidiera darme la mano en el pasillo del instituto, el brazo que se deslizaría por el respaldo de la butaca en el cine hacia mis hombros y el beso interminable a la par del de la pantalla, pero nada de eso llegaba. Luego, ante su indiferencia, creí que no le gustaba y que sólo quedaba conmigo para impedir que otras chicas le asediasen.

Tardé tiempo en separar mis sueños de la realidad y en comprender que a Holland sólo le importaba el mundo que aparecía en una pantalla a colorines, los días que íbamos al cine. En la oscuridad veía los ojos brillantes de Holland, extrañamente blandos y miopes. Los pulpos gigantes de las películas miraban

de la misma manera. Pero Holland no era un pulpo; si acaso, una medusa deslizante y algo venenosa, que nadaba en su dirección solitaria y me dejaba sola y fría en el asiento, muy atrás.

Regresé al seno de la sede la tarde que Holland accedió a mis insinuaciones y me presentó a sus padres, y luego, ante la complaciente mirada de la madre, que no hablaba una palabra de español, entramos en su cuarto, se desnudó sin prisa y acabó lo que yo, y Susana, y Paula esperábamos que hiciera desde que le vimos llegar al barrio tras la ventana de la sede. Apenas habló, no hubo placer ni amor por mi parte y él, más tarde, encendió la tele en silencio. Me vestí, permití que me condujera hasta mi casa, que se despidiera con un tono similar y las mismas palabras de siempre, y me tumbé en mi cama con ganas de llorar. Pensé en la sede; era viernes, y me horrorizó el sábado, mi día libre de anciano solitario.

Primero se lo conté a Susana. Luego lo supo Paula. Ninguna de las dos entendió nada. Comenzaron a seguirnos, en busca de la solución al enigma de su comportamiento y, siempre, aunque no les viésemos, había unos ojos espías atrás, en el cine, junto a las butacas de la puerta. Holland pasaba sus tardes conmigo, como antes, pero no volví a su cuarto. Una vez hice un esfuerzo por hablar de ello, pero ni siquiera se dio por enterado. No me importaba que no me comprendiese: me preocupaba más conocer las normas de su juego.

Susana me llamaba a casa por la noche, y los sábados acabábamos en la sede, como antes, con quejas y conjeturas. Yo me dolía de la indiferencia de Holland. Ellas dejaban escapar con desgana que siempre había sido extraño y distante, incluso en los primeros tiempos en que mi ilusión por haber sido su elegida me había alejado de ellas. Así supe que los dos habíamos sido objeto de un espionaje milimétrico y que desde que me alejé de la sede nos observaban mis amigas. Ellas hubieran podido advertirme, pero yo no había querido escucharlas. Pedí perdón, lloramos juntas y olvidamos que hubo un tiempo en que la sede había dejado de reunirse.

Eso no arregló mis problemas con Holland. Todos mis momentos estaban presididos por él. Desde que aparecía la luz en mis cortinas hasta que se apagaba la lámpara de la mesilla, obraba como si él me estuviera mirando. Tal vez la vigilancia a Holland se hizo extensiva a mí; me cuidé de hacer nada censurable, por si acaso. De mí sé decir que espíe a Paula, que volvía a andar con Moguel. Si Holland percibió algún cambio en mí no lo hizo notar; continuaba impertérrito, callado y correcto como un iceberg.

Fue Susana quien me propuso que abandonara a Holland. Yo lamenté no ser más inteligente y no poder darle más razones para mi dependencia de él que el orgullo herido. Intenté atosigar a Holland con una escena de celos, pero nada logré. Y la sede coincidió en prescindir de los sentimientos hacia él a medida que él eliminaba los suyos hacia mí. Holland y yo ya no hablábamos, y él parecía cómodo en el peregrinar por los cines que nos veían llegar, eliminadas las palabras de un idioma que siempre le pareció rechinante y crudo.

Un sábado, un sábado cualquiera, atisbé su casa desde detrás de la cortina de la sede. Holland debía de haber salido ya para el monte. Llegaron mis amigas. Bebimos sidra y partimos una tortilla poco hecha sin hablar, preocupadas por algo que no decíamos. Susana nos dejó media hora para pasear y luego regresó, porque comenzaba a nevar y hacía mucho frío. Paula,

molesta por el silencio, caminaba de un lado para otro. Susana nos explicó el plan. Entonces supimos que como las plagas, como la noche que cae, así aparecería Holland, cuando no le esperábamos, y se avecinaría el momento de hacerle derrumbar lentamente y sin ruido y de descubrir si su sangre, que debiera ser verde, era roja, como todas las sangres.

Nos sentamos junto a la mesa, con los labios resquebrajados por la sed de muerte y cambio, y respiramos. Paula apoyó su frente contra el madero de una silla y aflojó la presión sobre uno de los cuchillos que al fin habíamos afilado y que dejábamos brillantes y filosos. Muy tarde escuchamos regresar al autobús de Holland. Susana apenas había palidecido. Paula cerró la mano en la que sostenía el cuchillo. Entonces me levanté y salí al frío de la noche, para invitar a Holland a que entrara en la sede.